José Vasconcelos: a la sombra del mito

Adolfo Castañón

José Vasconcelos es una figura que en México suscita simpatías y antipatías. Jorge Cuesta habla de su autobiografía, *Ulises criollo*, como de un gran momento de la literatura mexicana. En mí suscita más que pasión, curiosidad. Más que antipatía moderada simpatía y admiración intelectual. Vasconcelos, más que un filósofo, es un profeta, un hombre inspirado, tocado por el sopro de la autoridad divina secularizada en la figura del profeta poético y filosófico. Si alguna vez se escribiera una *Historia del sentimiento religioso en la literatura hispanoamericana*, José Vasconcelos debería figurar en ella. Habría que aclarar, sin embargo, la ambigüedad de sus sentimientos: practica, por un lado, una admiración hacia los grandes hombres, que es admiración del poder, y tiene, por otra parte, veleidades, inspiraciones, inclinaciones místicas. Habría que decir que al parecer la gran religión de Vasconcelos fue Vasconcelos y la ciudad ideal e ilustrada que él mismo imaginaba. Habría que decir que su gran obra puede ser considerada parte de su autobiografía en la medida en que su *obra maestra* es el Maestro Vasconcelos, el maestro de las juventudes, el organizador carismático, el promotor magistral, el rector mesiánico, el ministro de educación –recordémoslo– del general y presidente Álvaro Obregón.

José Vasconcelos fue un gran político, un hombre que ennobleció la política por el impulso y el fervor que depositó en ella. Fue también, desde luego, un aventurero y un hombre de acción que se lanza a una campaña presidencial en pleno río revuelto del conflicto religioso. Se parece a André Malraux en que supo describir una época, y al canto dibujar una figura heroica: él mismo. La tragedia de José Vasconcelos es que se divorció de sus héroes de tanto... parecerse a ellos y renegó de los caudillos que lo fascina-

ban para intentar convertirse en uno él mismo. Pero quedó huérfano de poder. No es extraño que, como expatriado en su propia patria, su vida haya estado rodeada de malentendidos; en gran parte su fuerza la extraía precisamente de esa oscura ambigüedad entre la filosofía y la política, la ciudad y la contemplación, la carne y la vida, la vía férrea y la espiritual. A diferencia de Octavio Paz, de José Luis Martínez o aún de Héctor, su hijo (revista *Siempre México* 24-10-1996, no. 2282, pp. 56-57) que consideran la autobiografía como lo más importante de José Vasconcelos, en la medida en que ahí revelaría su vida privada, yo creo que lo más significativo de él es su *política*, en particular su *política educativa y editorial* y, luego, algunas de sus utopías, de sus ideas y profecías. Por ejemplo, la de *La raza cósmica*. Significativo y tal vez original (aires de familia con el escritor y político argentino Domingo Faustino Sarmiento), Vasconcelos fue el portavoz de una fértil y brillante generación, la del Ateneo, que supo reconocer el momento plástico *maleable* de la historia e intentó dar un impulso crítico e ilustrado al país bajo la figura en claroscuro del general Álvaro Obregón. Formado en la religión católica, practicó la religión de la cultura, pero luego volvió al catolicismo gregario, él, tan egregio. Fue también –y eso es admirable– un hombre inmensamente solo, uno de los mayores solitarios de México, país tan solitario y ensimismado como él mismo. Intelectualmente escogió cierto aislamiento; políticamente lo padeció. Esto lo obligó a convivir con el carácter inteligente y despótico que se llamó José Vasconcelos, figura pública, y de esa convivencia su vocación literaria, su ser para la palabra salieron lastimados. Lo suyo no era ni el estudio prolongado ni el gabinete hermético, sino la torre y la plaza, o, más bien, el furgón de cola como balcón para lanzar discursos.

Sus ideas sobre la historia de México y de América, aunque de apariencia anacrónica y fieles a una línea de inspiración que va de Lucas Alamán, a Carlos Pereyra, no son del todo prescindibles en el horizonte de la cultura criolla hispanoamericana donde, con los de Leopoldo Lugones o de Riva Agüero y Ricardo Palma, arman un paisaje. Diría más: bajo su enunciado arcaico quedan expuestas líneas de indudable interés para el historiador de las creencias y las mentalidades. Una de ellas sería la imposibilidad de la democracia en México, país de acendrado origen hispano-católico. Otra sería la raigambre racista del pensamiento mexicano. El reaccionario, el con-